
El Gusanillo

Emilia Pardo Bazán

textos.info
biblioteca digital abierta

Texto núm. 6499

Título: El Gusanillo

Autor: Emilia Pardo Bazán

Etiquetas: Teatro, cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 27 de febrero de 2021

Fecha de modificación: 27 de febrero de 2021

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Gusanillo

Antesala que precede a la capilla ardiente. Por la puerta entreabierta se divisa, allá en el fondo, la gran cama imperial, y a la luz amarillenta de los blandones fúnebres, entre el hacinamiento de las coronas y ramas de lila profusamente desparramadas, destellan las condecoraciones que honran el pecho del difunto. Los amigos y parientes, que han de formar el duelo, esperan conferenciando a media voz.

AMIGO 1º.— *(Persona conspicua y machucha). ¡Quién lo dijera! ¡Si parecía tan fuerte, tan sanito!... ¡Más que todos nosotros! No ha guardado un día de cama.*

AMIGO 2º.— *(Semijoven, gomoso, atildado). Conmigo paseó a caballo el jueves, y hoy es lunes... Si soy yo quien maneja este cotarro, no permito que le entierren todavía. Está tan natural... Parece vivo.*

AMIGO 1º.— *¿Vivo? ¡Pues si le han hecho la autopsia!*

AMIGO 2º.— *¡La autopsia! Y ¿a santo de qué?*

MÉDICO.— *Por eso justamente... Por ignorarse de qué enfermedad ha sucumbido. Como que no padecía ninguna, no se le conocían achaques, y se hallaba en lo mejor de la edad. Crea usted que antes de proceder a dar el primer corte de escalpelo, buen cuidado tuvimos de cerciorarnos de si la muerte era real y no se trataba de una catalepsia o cosa por el estilo. ¡Muerto estaba... y bien muerto!*

AMIGO 1º.— *Y al fin, ¿se ha averiguado de qué...?*

MÉDICO.— *(Llevándoselos a un rincón, lo más lejos posible de la puerta de la capilla ardiente). ¡Ah! Una cosa muy*

curiosa. Verán ustedes... (Cuchichean).

EL MARQUÉS DE LA GALIANA.— (Tío del difunto; señor vanidoso, quisquilloso, presumido, locuaz). Padre, ¿y Matildita? ¿Ha repetido la convulsión?

EL CAPELLÁN.— (Anciano, pálido, afectadísimo, temblón de cabeza y manos). No, señor; se ha tranquilizado un poco... Esperamos por lo menos que se resigne..., con el tiempo naturalmente...

EL MARQUÉS.— Es tan angelical... ¡Le quería tanto a este pobre sobrino mío! Es decir... le llamo pobre a Alberto, no sé porqué; en realidad no he conocido hombre de más suerte... ¡Una suerte loca de remate; y todos los dones de la fortuna! Salud, buen humor, figura simpática, linaje, riquezas y el don de engatusar a cuantos... y a cuantas le conocían. Ya ve usted lo que pasó con Matilde... ¡Bien sabe a lo que aludo! Matilde..., que ha sido, y es todavía, una belleza, y que además heredaba muchos millones, tenía tratada la boda con el hermano mayor de Alberto, Lucianito... Y se cree, ¡je!, ¡je!, que ya entonces prefería Matilde a Alberto, que gustaba más del menor... y que a él, por su parte, le hacía Matilde tilín... ¡pero vaya usted a asegurar estas cosas!... La malicia, padre capellán..., ¡la pícara malicia!...

EL CAPELLÁN.— (Con abatimiento profundo). La malicia, inseparable de la mísera humanidad.

EL MARQUÉS.— La malicia..., sí, corriente... Sólo que algunas veces... la malicia tiene su fundamento, vamos... No; en este caso yo no aseguro que lo tuviese... Alberto era un chico excelente... ¡Convenido! Siempre lo dije; bueno a carta cabal. Algo descuidado en visitar... eso sí... Hasta desatento. En un año, le veíamos media vez... En fin, defectillos insignificantes. Como lo pasaba tan bien y se encontraba tan halagado, se olvidada de cumplir con las personas de respeto. Lo que sucede, padre: cuando todo nos sonríe... Y a Alberto le sonreía todo... Hasta los mismos disgustos

tremendos, las desgracias de la familia, ayudaron a encumbrarle... La muerte de su hermano..., aquella muerte tan impensada..., tan trágica..., ¿no se acuerda usted?...

EL CAPELLÁN.— (Turbado y deseoso de cortar la conversación). Señor marqués... se me figura que ya se organiza el duelo...

EL MARQUÉS.— ¡Quiá, quiá! Si todavía no es la hora... Hay que cerrar la caja... Aún no ha llegado la mitad de los coches. ¡Qué sorpresa!, ¿verdad?, al ocurrir la catástrofe de Lucianito... Esos accidentes en las cacerías siempre aterran...; sí señor, aterran punto menos que un crimen...

EL CAPELLÁN.— (Aturdido, desencajado). ¡Van a entrar en la capilla! Hago falta allí, señor marqués... Con su permiso... Hasta luego...

EL MARQUÉS.— (Aparte, pensativo, frotándose las manos). —¡Je... je! ¿Qué mosca le ha picado al confesor de mi sobrinito? ¿Por qué huye así, lívido de terror? Si cuando me escamo yo..., ivaya, vaya! ¡Aquella muerte de Luciano fue particular! Despeñarse a un precipicio engañado por la niebla... Eso no le sucede a quien conoce el país y lo ha recorrido desde muchacho. Y su hermano Alberto, que aparece diciendo que también la niebla le hizo perder el camino y por eso se apartó del grupo de cazadores... ¡Hum..., hum!... Con la tragedia de Luciano se hizo personaje Alberto. Lo sentiría mucho, lo sentiría lo que ustedes gusten; pero le vino como un guante: único heredero de los bienes, de la grandeza, de los títulos, y a los dos años esposo de Matildita... En fin, lo que uno cree, lo cree... (Pausa). Matildita es una preciosidad. ¿Se consolará? ¡Je, je!... Ahora no le conviene rodearse de jóvenes casquivanos: queda al frente de una inmensa fortuna y necesita un sujeto experimentado y formal que sepa guiarla y aconsejarla con prudencia... ¡Encantadora Matildita! Vamos a verla, por si conseguimos que no note que sacan el cadáver... Luego me uniré al duelo... (Desaparece por una puerta interior).

AMIGO 2º.— (*En el grupo del rincón*). ¿Y dice usted que nada..., nada absolutamente?... ¿Ninguna lesión orgánica?

MÉDICO.— Ni tanto así... Y mire usted que pocas veces se da este caso... Diariamente estamos haciendo autopsias, y en individuos mayores de cuarenta años siempre encontramos, cuando menos, grietecillas por donde empieza a cuartearse el edificio. El que no tiene una predisposición tiene otra; la vida nos gasta a todos; el oleaje siempre se lleva partículas de la roca, hasta que la destruye; sólo que para acabar con la roca se necesitan siglos, y para acabarnos a nosotros..., ipschs!

AMIGO 1º.— Pero ¿han hecho ustedes una autopsia... en regla, formal?

MÉDICO.— ¡Formalísima... minuciosa! Nos picaba la curiosidad y nos entregamos por gusto a una apasionada exploración. No quedó sitio que no registrásemos: riñones, bazo, pulmones, estómago, hígado, cerebro, fueron visitados escrupulosamente. ¡Qué limpios, qué intactos los encontramos! ¡Daba gloria! Inverosímil. Créalo usted, atendida la edad no proveya, pero sí madura, de ese señor.

AMIGO 1º.— (*Insistiendo*). De modo que el hígado, el estómago, etcétera... ¿a las mil maravillas? ¿Y el corazón? ¿No dice usted si el corazón?...

MÉDICO.— ¡Ah! El corazón... En reserva... Yo también creí, dado lo súbito del fallecimiento, que se trataba de un aneurisma... Grande fue mi sorpresa al notar que tampoco el corazón presentaba lesión alguna. Sin embargo, al llegar al centro mismo del órgano, vimos... En confianza... No lo repitan ustedes... Porque no nos lo explicamos; ningún compañero mío se lo explica...

AMIGO 1º.— ¿Qué, qué había?

MÉDICO.— Algo muy extraño... Un gusanillo pequeñísimo, escondido, cobijado, encerrado y domiciliado allí, que se

dedicaba a roer su madriguera...

(Diálogo).

ROSALBA.— ¿Cómo te gustaría a ti que fuese? ¿Rubio, pelicastaño, ala de cuervo sombrío?

AURINA.— Ninguno de esos pelos.

ROSALBA.— ¿Rojo? Es de traidores...

AURINA.— Hay traidores de todos los pelajes.

ROSALBA.— Entonces, ni rojo, ni rubio, ni... ¿Entonces?

AURINA.— ¿Entonces? Gris, y si puede ser blanco, ¡mejor!

ROSALBA.— ¡Gris! ¡Blanco! ¿Para enviudar pronto?

AURINA.— Justamente. Ese rasgo de penetración me prueba que vas despabilándote un poco. Porque ¡cuidado que eres simplina tú!

ROSALBA.— Muchísimo. Ya hago lo posible por adquirir malicia; pero genio y figura...

AURINA.— Pues, chúpate el dedo y verás el camino que llevas. Mira: las de tu calaña me exasperan a mí. ¿Qué te propones en el mundo?

ROSALBA.— ¿Y tú?

AURINA.— ¡Me gusta! ¿Qué he de proponerme? Al nacer, nos meten en la mano el limoncillo de la vida. Estrujarlo, hija, a ver qué sabor tiene el zumo.

ROSALBA.— Agrio. No, amargo. ¡Amargo!

AURINA.— Porque no sabes echarle azucarillo.

ROSALBA.— Échale cuanto azúcar quieras, un tinajón de melaza; entre el empalago ha de sobresalir, siempre y por

último, la amargura.

* * *

AURINA no contesta; se levanta y se mira al espejo; sonrío a su imagen, se atusa el pelo que lleva peinado en tejadillo saliente y bufante, estilo modernista, y se arregla los chorritos de gasa que adornan el delantero de su blusa azul, toda incrustada de medias lunas de encaje amarillento.

ROSALBA.— (Benévola). ¿Qué haces, loquinaria?

AURINA.— Paso revista a la infantería, a la artillería y a la caballería.

ROSALBA.— ¿Aquí? Aquí no hay batallas. ¿Dónde está el enemigo?

AURINA.— Dice el Catecismo que los enemigos nos persiguen en todas partes. No veo por qué dejarían de perseguirme en esta casa.

ROSALBA.— Aquí no hay más que una amiga que te quiere de veras. Aunque pensemos de distinto modo, yo no vivo sin ti. Haces el sacrificio de venir a verme todos los días; te pasas conmigo, que no soy nada divertida ni nada alegre, tardes enteras y muchas noches; y ¡vamos!, sé estimar y agradecer.

AURINA.— ¡Eh, eh, eh! ¡Incorregible! ¡No estimes, no agradezcas, no tengas ley a nadie, no te fíes de tu sombra! Parece que conocemos a la gente... y ni de vista. ¡Ni de vista! Te lo aviso. De mí témele todo: soy mujer, ¡y si vieras qué perros somos las mujeres y los hombres!

ROSALBA.— Haces alarde de mala y eres excelente.

AURINA.— No me injuries. ¡Buena! Llámame ya, para lo que te falta, fea y tonta. ¿Sabes lo único que no me gusta ser? Disimulada ni falsa; y así, te prevengo que te guardes de mí

más que de los otros, porque si me quieres más estoy en condiciones de hacerte más daño.

ROSALBA.— Necesito creerte buena, creer bueno a alguien. ¡Dios mío! ¡Qué triste es dudar, Aurina! ¡Qué triste es sentirse solo, pensar que nadie nos quiere! (ROSALBA se acerca a su amiga y le pasa el brazo por el cuello). Ya sabes que no llegué a conocer a mamá... Soy hija única... ¡Si tuviese una hermana, una hermanita menor, con quien comentar de noche los sucesos del día!

AURINA.— ¿Y tu ínclito papá? ¿No te acompaña y entretiene bastante? Es muy entretenido el buen señor.

ROSALBA.— (Pensativa.) ¡Mi padre!

AURINA.— ¿Qué tienes que decir de él? Tan peripuesto, tan amigo de divertirse.

ROSALBA.— Acaso por eso... no nos entendemos enteramente... en ciertas ocasiones...

AURINA.— (Besándola). Y conmigo, ¿te entiendes?

ROSALBA.— (Estremecida). ¡Qué helada tienes la boca criatura!

AURINA.— (Riendo). ¿Es que mis dientes de nieve la enfrían? Bonito, ¿eh? Lo que digo es que me alegro, me alegro de que conmigo te entiendas. Pienso que estemos mucho tiempo juntas: digo, a no ser que te me cases.

ROSALBA.— O que te me cases tú, que será más probable; a ti te sobra gancho, y a mí no me dio Dios asomo de él.

AURINA.— Y si me caso, ¿qué razón hay para que no sigamos tan amiguitas?

ROSALBA.— (Con sentimiento). No sé. Todo lo que cambia la vida, cambia los afectos. Si te casas, el amor a tu marido te

hará olvidar a la amiga. Pues ¿y los chicos?

AURINA.— ¿Chicos? ¡A la Inclusa con ellos! Prefiero los niños cuando ya saben sonarse y abrillantarse las uñas. Una hija como tú, me ilusionaría. Que otras den a luz los chicos: yo me encargo de llevarlos al teatro... ¿No estás conforme? ¡Tontona!

ROSALBA.— No sé qué veo en ti... ¿Qué te pasa? ¿Has arreglado ya tu porvenir? Mucho te brillan los ojos. ¿Estás nerviosa? ¿Hay misterio? Ábreme tu corazón.

AURINA.— Están forjando en Eibar la llave. Mi corazón tiene figura de cofrecito. He mandado que sea llave de ésas a la inglesa, contra ganzúas.

ROSALBA.— Noviazgo seguro. Lo que te preguntaba: ¿el pelo?

AURINA.— Lo que te respondía: blanco; y se me olvidó añadir: teñido.

ROSALBA.— ¿En serio?

AURINA.— En fúnebre.

ROSALBA.— Reflexiona, Aura. Es por toda la vida.

AURINA.— Claro. Por toda... la de él.

* * *

ROSALBA enmudece: silencio triste y reprobador. Vuelve los ojos por no mirar a su amiga, y aparenta distraerse con el ruido que se oye en la antesala. Pasos algo pesados, craqueo recio de botas nuevas, anuncian que se acerca un hombre. La puerta se abre, y en el hueco aparece el papá de ROSALBA, setentón atildado y retocado; su levita, gris hierro, última moda, acentúa la prominencia de su vientre. En el ojal luce un clavel blanco, rodeado de ramillas de cilantro. Calza guantes de Suecia, y al moverse despide emanaciones de Ideal (el perfume más caro de la casa Houbigant). Viene preocupado, y no saluda a AURINA.

ROSALBA.— (Mirándole como si le viese por primera vez). Milagro, papá, que vengas a estas habitaciones.

AURINA.— (Muy tranquila, dulcemente). ¡Milagro que un padre cariñoso entre a preguntar cómo lo pasa su niña!

ROSALBA.— Nunca acostumbra, y menos a estas horas...

AURINA.— Las buenas costumbres, si no existen, hay que inventarlas. Tu papá vendrá, desde hoy, todas las tardes a enterarse de cómo lo pasas y a prodigarnos su amable conversación...

ROSALBA.— (Atónita). Y tú, ¿por qué dispones...?

AURINA. (Apacible). Porque..., porque... (Al papá de ROSALBA). Pero ¿no se atreve usted a entrar? ¿Se queda usted ahí? Pase usted: deseando estábamos su llegada.

ROSALBA.— (Con súbita indignación, al oído de AURINA). ¿Esas tenemos? Voy a decirle...

AURINA.— (Al oído de ROSALBA). Perderás el tiempo. No atenderá a nada que vaya contra su pasión. Puedes repetirle lo que hablamos de pe a pa; te desmentiré, y me creerá a mí. ¡Cuidado que eres bobalicona!

* * *

Mientras ROSALBA, petrificada, sigue mirando de hito en hito a su padre y AURINA, los dos se acercan y se arrinconan en la ventana, riendo y coqueteando. ROSALBA, pasado un instante, agacha la cabeza, atraviesa la habitación, cruza una puertecilla, entra en su dormitorio y se echa de bruces sobre la almohada de la cama, sollozando.

Emilia Pardo Bazán



Emilia Pardo Bazán (La Coruña, 16 de septiembre de 1851-Madrid, 12 de mayo de 1921), condesa de Pardo Bazán, fue una noble y aristócrata novelista, periodista, ensayista, crítica literaria, poeta, dramaturga, traductora, editora, catedrática y conferenciante española introductora del naturalismo en España. Fue una precursora en sus ideas acerca de los derechos de las mujeres y el feminismo.

Reivindicó la instrucción de las mujeres como algo fundamental y dedicó una parte importante de su actuación pública a defenderlo. Entre su obra literaria una de las más conocidas es la novela Los Pazos de Ulloa (1886).

Pardo Bazán fue una abanderada de los derechos de las mujeres y dedicó su vida a defenderlos tanto en su trayectoria vital como en su obra literaria. En todas sus obras incorporó sus ideas acerca de la modernización de la sociedad española, sobre la necesidad de la educación femenina y sobre el acceso de las mujeres a todos los derechos y oportunidades que tenían los hombres.

Su cuidada educación y sus viajes por Europa le facilitaron el desarrollo de su interés por la cuestión femenina. En 1882 participó en un congreso pedagógico de la Institución Libre de Enseñanza celebrado en Madrid criticando abiertamente en su intervención la educación que las españolas recibían considerándola una "doma" a través de la cual se les transmitían los valores de pasividad, obediencia y sumisión a sus maridos. También reclamó para las mujeres el derecho a acceder a todos los niveles educativos, a ejercer cualquier profesión, a su felicidad y a su dignidad.